

Rubén Darío

## Estival

### Poema original:

I

La tigre de Bengala  
con su lustrosa piel manchada a trechos,  
está alegre y gentil, está de gala.  
Salta de los repechos  
de un ribazo, al tupido  
carrizal de un bambú; luego a la roca  
que se yergue a la entrada de su gruta.  
Allí lanza un rugido,  
se agita como loca  
y eriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.  
Es el mes del ardor. Parece el suelo  
rescoldo; y en el cielo  
el sol inmensa llama.  
Por el ramaje oscuro  
salta huyendo el kanguro.  
El boa se infla, duerme, se calienta  
a la tórrida lumbre;  
el pájaro se sienta  
a reposar sobre la verde cumbre.

Siéntense vahos de horno:  
y la selva indiana  
en alas del bochorno,  
lanza, bajo el sereno  
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana  
respira a pulmón lleno,  
y al verse hermosa, altiva, soberana,  
le late el corazón, se le hincha el seno.

Contempla su gran zarpa, en ella la uña  
de marfil; luego toca,  
el filo de una roca,  
y prueba y lo rasguña.

Mírase luego el flanco  
que azota con el rabo puntiagudo  
de color negro y blanco,  
y móvil y felpudo;  
luego el vientre. En seguida  
abre las anchas fauces, altanera  
como reina que exige vasallaje;  
después husmea, busca, va. La fiera  
exhala algo a manera  
de un suspiro salvaje.  
Un rugido callado  
escuchó. Con presteza  
volvió la vista de uno a otro lado.  
Y chispeó su ojo verde y dilatado  
cuando miró de un tigre la cabeza  
surgir sobre la cima de un collado.  
El tigre se acercaba.  
Era muy bello.  
Gigantesca la talla, el pelo fino,  
apretado el ijar, robusto el cuello,  
era un don Juan felino  
en el bosque. Anda a trancos  
callados; ve a la tigre inquieta, sola,  
y le muestra los blancos  
dientes; y luego arbola  
con donaire la cola.  
Al caminar se vía  
su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.  
Se miraban los músculos hinchados  
debajo de la piel. Y se diría  
ser aquella alimaña  
un rudo gladiador de la montaña.  
Los pelos erizados  
del labio relamía. Cuando andaba,  
con su peso chafaba  
la yerba verde y muelle,  
y el ruido de su aliento semejaba  
el resollar de un fuelle.  
Él es, él es el rey. Cetro de oro  
no, sino la ancha garra,  
que se hinca recia en el testuz del toro  
y las carnes desgarras.  
La negra águila enorme, de pupilas  
de fuego y corvo pico relumbrante,  
tiene a Aquilón: las hondas y tranquilas  
aguas, el gran caimán; el elefante,

la cañada y la estepa;  
la víbora, los juncos por do trepa;  
y su caliente nido,  
del árbol suspendido,  
el ave dulce y tierna  
que ama la primer luz.  
Él la caverna.  
No envidia al león la crin, ni al potro rudo  
el casco, ni al membrudo  
hipopótamo el lomo corpulento,  
quien bajo los ramajes de copudo  
baobab, ruge al viento.

Así va el orgulloso, llega, halaga;  
corresponde la tigre que le espera,  
y con caricias las caricias paga,  
en su salvaje ardor, la carnicera.

Después, el misterioso  
tacto, las impulsivas  
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;  
y, ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso  
bajo las vastas selvas primitivas.  
No el de las musas de las blandas horas  
suaves, expresivas,  
en las rientes auroras  
y las azules noches pensativas;  
sino el que todo enciende, anima, exalta,  
polen, savia, calor, nervio, corteza,  
y en torrentes de vida brota y salta  
del seno de la gran Naturaleza.

II

El príncipe de Gales va de caza  
por bosques y por cerros,  
con su gran servidumbre y con sus perros  
de la más fina raza.

Acallando el tropel de los vasallos,  
deteniendo traíllas y caballos,  
con la mirada inquieta,  
contempla a los dos tigres, de la gruta  
a la entrada. Requiere la escopeta,  
y avanza, y no se inmuta.

Las fieras se acarician. No han oído  
tropel de cazadores.

A esos terribles seres,  
embriagados de amores,  
con cadenas de flores  
se les hubiera uncido  
a la nevada concha de Citeres  
o al carro de Cupido.

El príncipe atrevido,  
adelanta, se acerca, ya se para;  
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;  
ya del arma el estruendo  
por el espeso bosque ha resonado.  
El tigre sale huyendo,  
y la hembra queda, el vientre desgarrado.  
¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,  
chorreando sangre por la herida abierta,  
con ojo dolorido  
miró a aquel cazador, lanzó un gemido  
como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño  
a los rayos ardientes  
del sol, en su cubil después dormía.  
Entonces tuvo un sueño:  
que enterraba las garras y los dientes  
en vientres sonrosados  
y pechos de mujer; y que engullía  
por postres delicados  
de comidas y cenas,  
como tigre goloso entre golosos,  
unas cuantas docenas  
de niño tiernos, rubios y sabrosos.